

MERCEDES MORÁN

MADRE MÍA



, don
stias. Los za
oco más lento qu
apartar la
desapare
el techo para no v
zapatos nuevos me
ue el resto de la
ñaba con ser
para acerca
empez
que
isma
ande, e
mbiña en
hica de c
la vergüen
aferraba al cor
física. Me ayudo
mis orejas paradas al
era chiquita, y que
ue me quedaba espan
Titi y menos yo. El res
cinco años menor, aunqu
to expresaba el mal gusto de
ogénitor, lo poco que la enorgullecía
ir los quince y la poca importancia q
le. 38. Un número

MERCEDES MORÁN

Madre mía

 Planeta

Los ojos de Dios

Mamá me dijo que tenía que ser buena y creer en Dios, que Él desde el cielo siempre nos estaba mirando. Para cuidarnos enviaba a un ángel, el Ángel de la Guarda, y él nos guiaba y nos protegía de noche y de día. Mi hermana y yo debíamos rezarle a Dios, a quien también llamábamos Padre, todas las noches, para que velara nuestros sueños.

—Si hacés todo esto, nada malo te va a pasar —explicó.

A mí me pareció muy bien. No era tanto lo que había que hacer para conseguir protección todos los días, a todas las horas. Me resultó fácil creer, era como si siempre hubiera creído. Además, en la pared del living de mi casa colgaba un retrato de Jesús, y sus ojos se movían siguiéndote donde fueras. La intención de mi madre era darnos protección, y lo conseguía. Yo sentía el amor de Cristo, su mirada, su presencia, el Ángel de la Guarda señalándome el camino. Pero a veces ese mismo cuadro me daba miedo, evitaba pasar por ahí y me iba a mi cuarto a rezar.

En la clase de Catecismo me habían dicho que tenía que rezar, por lo menos, tres oraciones antes de dormir y yo rezaba

tres. Lo hacía rápido, en voz alta, para asegurarme de que me escuchara, y de memoria, entendiendo poco o mal lo que decía. Empezaba con el Padre Nuestro, que me había enseñado mi mamá.

—Arrodillate a mi lado, poné tus manitos así y repetí conmigo.

—Padre nuestro... que estás en los hielos certificado sea tu sobre... —repetía yo, cada noche, con fervor y determinación— ...venga a nosotros tu rey no hágase tu voluntad si en la tierra como en los hielos... el pan nuestro de cada día dánoslo hoy... perdona nuestras dudas como nosotros perdonamos a nuestros dudosos y no nos dejes caer en sensación del mal. Amén.

Seguía con el Dios te salve María, la primera parte me encantaba: llena eres de gracia, bendita tú eres entre todas las mujeres, bendito es el fruto de tu vientre. Me parecía alegre María, graciosa, de la panza le salía fruta. Pensaba que ella hacía reír a Dios y por eso la elegía entre todas. La segunda parte la pasaba rápido: ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Mejor pasar a la última oración, el Gloria.

—Gloria al padre, al hijo y al espíritu santo. Listo.

Una noche calurosa, nos quedamos en el patio que estaba lleno de luciérnagas. Esas lucecitas mágicas que se prendían y se apagaban me fascinaban. Mientras mi primo Roberto, que quería ser médico cuando fuera grande, intentaba encerrarlas en un frasquito para verlas mejor, me contó que solo se iluminan cuando están en tiempo de apareo.

—¿Qué significa? —le pregunté.

—Cuando buscan novia para abrazarse y tener luciernaguitas —me explicó Roberto.

—Entonces juntemos dos en el frasco y esperemos a ver cuándo nacen —le propuse.

—Bueno, metemos dos en tu frasquito y te las llevás a tu pieza un ratito, si no nacen rápido las soltás, porque necesitan seguir libres, ¿ta?

—¡Ta!

Cuando llegó la hora de ir a acostarse, me puse el frasco en el bolsillo de mi jardinero con dos luciérnagas adentro. Fueron conmigo al baño, las miré mientras hacía pis y creí que ellas miraron cómo me lavé los dientes porque, aunque no había prendido la luz para que no se asustaran y me manejé solo con el resplandor que entraba por la ventana, mientras escupía la espuma de la pasta de dientes vi que se encendían. Las puse en la mesa de luz, me metí en mi cama, cerré los ojos para rezar y me quedé dormida.

Me había olvidado de liberar a las luciérnagas, de rezar las tres oraciones, y de ponerme la ropa de dormir. Un rato después, como todas las noches, mamá se dio una vuelta por nuestros cuartos para controlar que todo estuviera en orden. Cuando llegó a mi cama, me encontró destapada, durmiendo en bombachita. Mientras me ponía el camión me habló al oído.

—A Diosito no le gusta que duermas sin ropa, acordate de que Él te está mirando siempre y que a las nenas que duermen desnudas el diablo les rasguña la espalda.

Me dio un beso, me tapó y se fue. Entonces yo me cubrí la cabeza con la sábana, la única parte de mí que había quedado descubierta.

A la mañana siguiente lo primero que recordé fueron las luciérnagas. Me pareció que el frasco estaba vacío pero no, en cuanto lo agarré, lo destapé y las vi. Estaban contra el piso, quietas, destapadas y muertas.

La modista

Una mañana de diciembre, mamá me llevó con ella a la casa de la modista del pueblo. Ese día tenía la última prueba de un solero floreado que le estaba confeccionando para estrenar en Navidad; por eso, me había dicho en el camino, el estampado sería verde y rojo.

Cuando llegamos, la dueña de casa nos hizo pasar a su taller y ahí vi por primera vez un maniquí. Me asustó ese torso sin cabeza y con una sola pierna que tenía encima el solero sin terminar. Miré para otro lado.

Mientras mamá iba a sacarse la pollera y la blusa para empezar la prueba, la modista me invitó a sentarme en su silla, frente a su máquina de coser, al costado de su extraordinaria mesa de trabajo donde había un mundo de cosas preciosas: pequeños retazos de tela, carreteles de madera con hilos de todos los colores, tijeras, tizas, papeles de nácar, botones, dedales, agujas de distintos tamaños. Blanca, así se llamaba, tenía en su mano una aguja grande enhebrada con un hilo blanco y, en cuanto mamá salió de atrás del biombo y se presentó en enagua, le pidió que se subiera a un banquito y empezó a hilvanar el ruedo del solero.

Mientras tanto, yo, fascinada, descubrí sobre la mesa una pequeña almohadita de terciopelo rojo, donde había pinchados muchos alfileres muy hermosos. No eran como los que había en mi casa: estos tenían pelotitas de todos los colores en la cabeza. Hice una fila larga con los rojos y los conté; había más de veinte. Después hice lo mismo con los dorados y así seguí con los otros hasta que terminó la prueba y mamá volvió a ponerse su ropa detrás del biombo.

Entonces metí un puñado de alfileres en mi bolsillo.

Apenas llegamos a casa, fui a encerrarme en mi pieza y me puse a jugar a la modista con mi muñeco Jorgito Daniel. Desparramé con cuidado los alfileres en el piso, los agrupé por colores y volví a contarlos; eran doce en total y solo tres, dorados. Busqué mi tijera de cortar papel, una regla, una bolsa con retazos de tela que había visto en el segundo cajón de la cocina, mi goma de pegar y comencé a confeccionarle un pantalón a Jorgito Daniel.

Al rato me llamaron a almorzar. Había pastel de papas. Cuando le dije a mamá que estaba muy rico, ella me dijo que gracias y me felicitó porque me había portado muy bien en la casa de la modista.

Terminado el almuerzo le pedí permiso para comer el postre en mi pieza.

—Andá, yo te lo llevo —me dijo.

Cuando apareció con el platito con queso y dulce de batata y una servilleta en las manos, yo justo estaba tratando de elegir entre dos cintitas para hacerle un cinturón a Jorgito Daniel, pero no podía decidirme entre la roja y la amarilla. Mamá buscó con la mirada y vio una cinta marrón.

—¡Esa! —dijo. Y apoyó el platito en el piso, al lado de los alfileres.

No sé cuánto tiempo pasó, deben haber sido unas horas, porque el reloj de mi panza marcaba hora de merendar. Tan entretenida estaba pinchando un pedacito de cuerina en la cabeza del muñeco para armarle una gorra, que tardé en escuchar los golpes en la puerta de mi casa y la voz de mi madre.

Toc, toc, toc.

—¡Hoooola, señor comisario! ¿Qué lo trae por acá?

—...

—¿Buscando a una ladrona de alfileres? ¿Para meterla presa?

Del susto me pinché un dedo. Mientras me chupaba una gotita de sangre seguí escuchando la voz de mi madre en un tono cada vez más alto y afectado.

—¡Por favor, Señor Comisario...! ¡Perdónela! ¡Ella los va a devolver y no lo va a hacer nunca más!

Y luego:

—¡Mechiiita, venííí!

Yo seguía sentada en el piso, momificada. El terror no me dejaba levantarme y me aferré a Jorgito. Así me encontró cuando abrió la puerta.

—¿Vos robaste unos alfileres? —y sin esperar respuesta agregó—. Devuelvelos. Pedí perdón. Decí que estás arrepentida. Si no, te llevan presa.

Esa fue la lección de mamá. Ahora pienso que semejante sobreactuación era sospechosa. Pero yo tenía seis. Y la actriz era mi madre.